

Alejandro Romero

DESEO, NECESIDAD Y MUNDO

Para empezar digamos que en la visión que Freud alcanza en el Compendio del Psicoanálisis, escrito al final de su vida (1938-1940) el aparato psíquico es algo material, extenso, compuesto por varios niveles ("a semejanza de un microscopio o un telescopio", dice). Y sigue: a la más antigua de las instancias psíquicas "la llamamos Ello: tiene por contenido todo lo heredado, lo innato, lo constitucionalmente establecido; es decir, sobre todo las pulsiones originadas en la organización somática, que alcanzan -en ello- una primera expresión psíquica, cuyas formas aún desconocemos".

Freud piensa que es precisamente una parte de esta originaria unidad lo que, "bajo la influencia del mundo exterior desarrolló paulatinamente una organización especial que oficia de mediadora entre el ello y el mundo exterior". Se trata precisamente del Yo. El yo existe de forma muy elemental como una función y un momento de aquella unidad primordial yo-ello, donde -como lo veremos enseguida- la distinción entre interioridad y exterioridad era casi inexistente (como las distinciones yo-los otros, sujeto-objeto) pero no nula. Es a lo largo de la historia madurativa del individuo como va diferenciándose, enriqueciéndose, fortaleciéndose. Porque es su posición y su historia en relación con los demás, con sus propias necesidades y deseos, y con el mundo en general lo que va a dar razón de su modo de ser. De hecho, el que la relación entre necesidad, deseo, otros, ambiente y acción no esté definida, ni en su forma ni probablemente en su sentido, es el origen del Yo. Aquello que exige su existencia como único medio de garantizar la coherencia entre esos aspectos o niveles.

Ahora bien, esto no nos dice, ni mucho menos, cómo se organiza la relación entre el ello -sede de las pulsiones- el Super-Yo -sede de la moral-, el Yo y lo "real" (lo actual + lo virtual). Así como tampoco nos muestra de qué modo se diferencian y articulan unas y otras. Para ello hay que saber que Freud concibe al Ello como el representante de las necesidades somáticas (comida, descanso, satisfacción sexual). Mientras

el yo define desde su lugar único y ambiguo los dos planos en los que se juega la existencia del sujeto: el interior y el exterior. Pero él mismo no es ni lo uno ni lo otro. Es la membrana y el proceso que define, separa y pone en contacto ambos elementos. Pertenece tanto al mundo exterior, por su forma corporal, sensorial y motriz de ser, como al mundo interior. Y su orden mismo debe corresponder tanto al modo de ser de uno como al del otro. El yo vive inscrito al mismo tiempo en el elemento de lo objetivo -y lo real- y en el de lo subjetivo -e irreal-(lo que de por sí denuncia el carácter reductivo y por eso ficticio de esta dualización). La estructura y funcionamiento del Yo incluyen, por lo tanto, al resto del organismo pero también a su medio ambiente social y natural. El Yo es la forma mundana y social del organismo. Pero por eso es también el centro de su organicidad, de su sentido, y el ámbito en que se sintetiza y define el significado y el plan de la acción. Por lo demás, de ella dependen tanto el destino del organismo como el del Yo. Por eso este último es siempre inacabado, siempre activo y en devenir. Se trata de una "actividad yoizante" (si podemos hablar en estos términos) más que de un yo propiamente tal. En efecto: ¿qué estructura esencial podríamos encontrarle?. Sostenemos que ninguna. No ocurre lo mismo si preguntamos por un sentido que defina su existencia como actividad o proceso. No reside propiamente hablando ni en el cuerpo biológico, ni en el ello, ni el Super Yo. No se define por el deseo, ni por la necesidad, ni exclusivamente por la relación con otros organismos. Pero habita al mismo tiempo todas estas instancias y la percepción y la acción. No es exclusivamente simbólico pero tampoco rigurosamente físico. Garantiza sin embargo tanto las diferencias y los límites entre todas estas dimensiones y estructuras como su continuidad. Y elabora la relación entre lo sistemático (adquirido, ya estructurado) y lo contingente (nuevo, particular, inesperado). Hablando muy someramente, esto lo caracteriza: es su sentido. Toda actividad que responda a estas exigencias (y a todas ellas) podría caracterizarse como yoica (y, en la medida en que la estructura del yo deviene con su historia, como "yoizante/desyoizante").

Vemos que para Freud, sin embargo, la fuente última del sentido de toda acción no es "yoica", terminal, sino primaria y fundacional. Si no tomamos en cuenta al yo, los motivos de la acción no caben en la definición que de ellos daba Baruch Spinoza hace ya tres siglos: para todo ser vivo se trata de "perseverar en el propio ser", decía, y en el

hombre esto significa perseverar en el ser de la comunidad a la que pertenece. Freud descubre que el yo humano debe satisfacer exigencias más elementales y menos elaboradas, concretas e integrales, que sólo por su mediación representan el interés global (real) del organismo en perseverar en su ser. La forma más elemental de estos impulsos son las pulsiones. "Representan las exigencias somáticas planteadas a la vida psíquica, y aunque son la causa última de toda actividad, su índole es esencialmente conservadora". Porque están allí para reproducir una forma ya existente y los mecanismos y estados exitosos para ella, pero no tienen ni pueden tener en cuenta las condiciones contingentes de esa reproducción. Hecha la salvedad, veamos cómo se juega en Freud la relación sujeto-mundo. Aquí encontraremos el análisis de la dinámica de los motivos de la acción, íntimamente ligada a la estructura yo-los otros-el mundo (Merleau Ponty).

Al comienzo, y como decíamos, la distinción entre un orden exterior y un orden interior, uno ajeno y uno propio, no existe. "El yo primitivo, regido por el principio del placer, quiere introyectarse todo lo bueno y expulsar fuera de sí todo lo malo. Lo malo, lo ajeno al yo y lo exterior son para él, en un principio, idénticos", escribe Freud en La Negación, artículo de 1925. Pero la experiencia enseña al yo que "lo importante no es sólo que una cosa (objeto de satisfacción) posea la cualidad 'buena' y, por lo tanto, merezca ser incorporada dentro del yo, sino también que exista en el mundo exterior; de modo que uno pueda apoderarse de ella en caso necesario". A la investigación pertinente se le llama "test de realidad", y corresponde a "un interés del yo realista definitivo". "No se trata ya de si algo percibido (un objeto) ha de ser o no acogido en el yo, sino de si algo existente en el yo como imagen puede ser también vuelto a hallar en la percepción (realidad)". Y sigue Freud tematizando el paso de las modalidades del juicio primario (pues de eso se trata) que se asientan en la capacidad oral de tragar y escupir y se identifican con ella, a las del juicio de existencia.

En éste último "se trata también de una cuestión de lo exterior y lo interior. Lo irreal, simplemente imaginado, subjetivo, existe sólo dentro: lo otro, lo real, existe también fuera", escribe. Y señala que el principio que ordena el juicio y la acción del yo ha cambiado: "en esta etapa ha dejado de tenerse en cuenta el principio del placer", y ha pasado

a instaurarse el principio de realidad, que no sólo toma en cuenta el deseo, sino también si el objeto imaginado existe todavía en la realidad. Decimos "todavía", siguiendo a Freud, para apuntar la razón por la cual la antítesis subjetivo-objetivo no existía en un comienzo. "Se constituye luego por cuanto el pensamiento posee la facultad de hacer de nuevo presente, por reproducción en la imagen, algo una vez percibido, sin que el objeto tenga que continuar existiendo fuera". Pero hay, además, que recordar que "todas las imágenes proceden de percepciones y son repeticiones de las mismas". Por eso "la existencia de una imagen es ya una garantía (para el pensamiento primitivo) de la realidad de lo representado". El examen de realidad se desarrolla, para Freud, bajo la condición de "pérdida de objetos que un día provocaron una satisfacción real". Y esta definición me parece de capital importancia porque nos indica, además, que no le basta al deseo la satisfacción alucinada, y que busca, siempre que puede, en último término, la satisfacción real. Aquella que compromete la totalidad del cuerpo, del organismo, del sujeto. La imaginación y la acción, casi siempre símbolo mediante, pueden incluso traer a la existencia objetos (y situaciones) del deseo, antes inexistentes. A eso le llamamos vulgarmente "creación". El juego, de los niños y de los adultos, muestra muy bien de qué se trata.

Así, pues, a un yo exclusivamente preocupado por el placer le sucede un yo preocupado también por la realidad. El placer sólo se alcanza verdaderamente cuando en el elemento de lo real (la experiencia, la acción) puedo unirme con el objeto de mi deseo. Llegamos así a la forma que adopta la motivación en el hombre. Es siempre deseante. Pero qué significa esto. Que el sentido de mis actos está determinado en primera instancia por el deseo. Pero ¿qué es esto: el deseo?. Para tratar de sugerir una respuesta vamos a acudir a la definición del deseo que nos da Freud en La Interpretación de los Sueños, uno de sus textos capitales y primeros. Dice así, citado por Laplanche y Pontalis en su Diccionario de Psicoanálisis: "...la imagen mnémica de una determinada percepción permanece asociada a la huella mnémica de la excitación resultante de la necesidad. Al presentarse de nuevo esta necesidad, se producirá, en virtud de la conexión establecida, un movimiento psíquico dirigido a recargar (libidinalmente) la imagen mnémica de dicha percepción e incluso a evocar ésta, es decir, a restablecer la situación de la primera satisfacción: tal movimiento es el que nosotros llamamos

deseo: la reaparición de la percepción es el "cumplimiento de deseo". Fin de la cita. En otras palabras, y ligado a un ejemplo paradigmático: La aparición de la necesidad de comer en el recién nacido es vivida simplemente, biológicamente como *displacer*. La madre se acerca, lo toma en brazos, introduce su pezón en la boca del niño y satisface su hambre al tiempo que lo pone en contacto -erótico- con la calidez de su piel y con el calor y el ritmo de su cuerpo, que el niño ya conoce. Pues bien, esquemáticamente hablando, cuando el hambre vuelve a aparecer, con ella aparecerá el recuerdo de esa primera experiencia de satisfacción donde a la vacuidad total de la necesidad sucedió el pleno de la satisfacción sin mediación alguna. En el seno de la necesidad surge la calidez de la satisfacción. Ese recuerdo que cabalga sobre la necesidad (pero no es ella) y acompaña a la demanda (de amor, de calor, de comida, de satisfacción, de seguridad) promueve el conjunto de acciones tendentes a acceder al goce ("restablecer la situación de la primera satisfacción") y la **experiencia** de la situación gozosa (amor/calor/comida/seguridad/satisfacción) como objetivo (el fin). Ese movimiento psíquico de referencia imaginaria a la primera satisfacción como complemento inseparable de la necesidad viva otra vez, es el deseo, dicen Laplanche y Pontalis. Pero parecen obviar la segunda parte de la definición freudiana: "restablecer la **situación** de la primera satisfacción". Coherentemente estos autores distinguen muy rígidamente al deseo de la necesidad y de la demanda. Afirman que la necesidad se satisface por la acción específica que procura el objeto adecuado, mientras que el deseo se halla indisolublemente ligado a huellas mnémicas y encuentra su realización en la reproducción alucinatoria de las percepciones que se han convertido en signos de esta satisfacción. Ellos mismos aceptan que esta distinción no siempre se encuentra tan claramente afirmada en Freud, y nosotros nos atreveremos a decir que pensamos que esta distinción puede funcionar de una forma tan tajante en el sueño y en la enfermedad, pero que la relación del deseo con la necesidad y la demanda es más estrecha e íntima y que la imagen del objeto va de tal modo ligada a la experiencia total de satisfacción que su separación -y la alucinación de las mismas- es sólo un último recurso del deseo. Los lazos que ligan al deseo, en tanto imaginario, con la percepción que fraguó la huella y con la experiencia total del acto real forman parte del deseo mismo. Por eso la alucinación es posible, entre otras cosas. Pero por eso también el

deseo lleva al individuo, al organismo, al yo, a buscar en la realidad la satisfacción y a distinguir lo real de lo irreal, lo subjetivo de lo objetivo.

Cuando, entonces, nos refiramos en adelante al deseo, estaremos hablando de algo más impreciso y más denso, más rico, que merece un análisis: el deseo es la síntesis de las primeras relaciones satisfactorias con los otros y el mundo. Una síntesis que incluye un proyecto, un plan de acción. Lo que nos conduce a hacer dos observaciones: el deseo nace del contacto con el otro. Es el encuentro con el otro -y el goce subsiguiente- aquello que lo produce. Y el deseo está íntimamente ligado a lo erótico. Es agresivo en la medida en que vehiculiza lo erótico de ese modo. Aquí también Laplanche y Pontalis afirman que la diferencia entre deseo y demanda consiste en buena medida en que el deseo tiende a imponerse sin tener en cuenta el deseo -ni el inconciente ni el lenguaje- del otro, mientras la demanda si los atiende. Pero entonces nos preguntamos ¿de dónde nace la demanda?. Y respondemos que no creemos que sea ajena al deseo, sino uno de sus productos, en tanto deseo que hace su historia en una "realidad" donde el lenguaje, el inconciente y el deseo de otros son condiciones sine que non para acceder al goce, y donde el deseo del otro suele ser el objeto de mi deseo. No negamos la diferencia. Parece claro además, que el deseo, por si mismo, solo tiende a restablecer la misma situación que lo generó. Pero creemos también que se modifica a la luz de los límites y alternativas que la experiencia y la acción le proponen. Así, aunque siempre subsista una cierta diferencia entre demanda y deseo, sospechamos que la **separación** entre ambas es privativa de la escisión psíquica y existencial que caracteriza la así llamada enfermedad mental. Es pertinente acotar que resulta difícil saber hasta que punto un fenómeno semejante resulte el producto (y no la causa) de un mundo "binarizado" (bueno-malo; conciente-inconciente; genital-perverso; adulto-niño; en sí-para sí...) y "normalizado" en el cual la simple diferencia, la indistinción y la ambigüedad son considerados peligrosos e incorrectos. Peligrosos desde el punto de vista del poder, incorrectos desde la perspectiva del saber. El deseo, entonces, concebido como lo proponemos, como primera síntesis activa y personalizante de la situación del organismo individual en su mundo -especialmente en relación con otros- es una forma mundana y social. Y en la medida en que "decide" el sentido y la forma de nuestra acción, es de lo más propio e íntimo que tenemos, es sin duda el

corazón de nuestro querer, de nuestra subjetividad, lo que tenemos de más originario y espontáneo en cuanto "yo". Pero es una forma mundana y social, no existe sin el otro y sin lo otro. Es también una actividad con un sentido muy claro: realizar la situación de disfrute.

Y en su forma primera tampoco basta para determinar la acción. Porque todo deseo tiene lo que llamaremos una historia. Un trayecto que lo conduce de su aparición a su realización, sublimación o frustración. Esta historia es la historia de los hombres, en la medida en que la totalidad de las relaciones humanas (incluso las relaciones sociales de producción -de hombres y de bienes-) tienen que ver con ella. La polémica que ha tenido lugar en estos últimos años ha tendido a oponer como extremos excluyentes el deseo (en tanto fuente de sentido y de acción), la ley moral e incluso la realidad. Es claro que la moral y la testarudez de lo real a menudo frustran la realización de nuestros deseos. Pero no creemos que pueda oponerse sin más una a otra en el esquema de lo que podría llamarse un individuo "sano" (no "normal"). Por qué.

Precisamente porque semejante oposición conduce a entender al deseo como fuerza ciega que no tiene para nada en cuenta la forma de lo real y que no atiende a la necesidad de realizarse más allá de lo alucinado. Como una forma completa en su inicio y no como un proceso de autogeneración-autorealización-auto/re/definición. Entiende el deseo como un algo y no como un devenir, un hacer/se. Creemos haber mostrado, aun someramente, que esto no es así. De modo que la sanidad no puede ser definida ni como el predominio de la moral, ni como el predominio del deseo; ni tan siquiera como el predominio sin más de lo "real" (por otra parte, ¿qué es esto?). La estructura psíquica sana no reemplaza un principio de acción único -deseo, ley moral, o registro "real"- por otro igualmente excluyente y parcial. La sanidad -si puede establecerse un modelo de ella- consiste, en cambio, en rebatir la estructura vertical que colocaba en la cumbre uno de estos tres principios para organizarlos sobre una horizontal equivalente: el deseo, la moral (como tradición) y la experiencia (campo de realidad) orgánicamente unidos por la actividad del yo formarían así un sistema multicéntrico que decantaría en una forma y un conjunto de reglas (no leyes) de conducta producto de la interferencia de los tres principios. Es

esa forma lo que, en último término, llamamos realidad. Es lo real mismo en cuanto "para mí" (yo mismo en cuanto real y en lo real). Aquel conjunto de reglas o normas expresa regularidades y podemos llamarlo abierto, problemático o simplemente ético (por oposición a "moral"). Una estructura semejante, sin embargo, sólo es posible en la medida en que se libera de culpa y de deber aunque no de compromisos y condiciones (esto es imposible) al sujeto. Si el deseo no es en sí mismo una forma asocial, sino la síntesis más simple y espontánea de lo social. Si no está divorciado, en su forma, intensidad y sentido, de los avatares de su propia relación con el resto de las formas subjetivas y objetivas. Es decir, si hace historia personal y, en la medida en que ésta no puede separarse de la experiencia y la actividad mundanas y sociales del sujeto, historia sin más. De este modo el deseo pierde el carácter de una operación aislada, puramente subjetiva o psíquica. Imaginación, memoria, inteligencia, percepción y acción mediante, es una dimensión de lo real.